JUGAR POR TABLA,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN VERSO,

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

D. Luis Valladares y Garriga

Y

DON CAYETANO ROSELL,

trenada en el Teatro Español á 18 de diciembre de 1850.



N.° 128.

ADRID, 1850. — IMPRENTA DE S. OMAÑA·
Calle de la Redondilla núm. 2.

10

PERSONAS.	ACTORES.
FERNANDO.	DON JOSÉ VALERO.
SOFIA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CARLOS.	DON MANUEL OSORIO.
ISABEL.	DOÑA BÁRBARA LAMADRID.
GASPAR.	DON JOSÉ CALVO.

La escena es en Villaviciosa de Odon, en casa de Fernando.

Nota. Esta comedia está formada sobre la que escribió en frances el Sr. Emilio Augier con el título de *Gabriela*.

ACTO PRIMERO.

Sala con puertas en el fondo y en los costados.

ESCENA I.

FERNANDO, *que sale por una puerta lateral.*—SOFIA, *sentada y en actitud melancólica.*

FERNAN. Señora doña Sofía
Melindrano de Aguilar,
mi cara esposa, que Dios
bendiga y libre de mal,
hágame usted el obsequio
de alzarse de ese sofá,
y vamos á recibir
con toda solemnidad
á la primita Isabel
y á su marido Gaspar.
SOFIA. ¿Ya están en Villaviciosa?
FERNAN. Entrando en el pueblo están:
desde el terrado lo he visto.
SOFIA. ¡Y yo con descuido tal
que aun no me vestí!
FERNAN. Si no
te quieres incomodar,
yo iré solo á recibirlos.
SOFIA. Sí: tú me disculparás.
FERNAN. Bien... Pero aunque andes aquí
sin sombrero ni gaban,
bien podrás cuidar un poco
de tu hija.
SOFIA. ¡Pues qué! ¿Pilar...

FERNAN. Al terrado me ha seguido,
y me ha dicho muy formal
que, lo que es hoy, ni siquiera
le ha dado un beso mamá.
SOFIA. Yo... si...
FERNAN. Yo le enseño el Fléuri,
y ella me enseña á bailar:
enséñale juicio tú
y aprende jovialidad.
SOFIA. Fernando, ¿me riñes?
FERNAN. ¿Oyes?
¿Te he reñido yo jamás?
SOFIA. Ni aun para eso me haces caso.
¡Ay! tú no me quieres ya.
FERNAN. ¡Pobre mujer! Obras son
amores, dice el refran.
Por no hacer caso de tí,
es decir, por trabajar
noche y dia, gozas tú
descanso y comodidad.
Abogado, ya con una
clientela regular,
los pleitos no me permiten
ser contigo mas galan.
El del ministro de Gracia
y Justicia, en especial,
me tiene tan ocupado,
que no sin dificultad
he podido conseguir
escaparme á respirar
aquí unos dias. Con todo,
si mi profesion me da
malos ratos, da por ellos
dinero y celebridad,
y una posicion que muchas
amigas te envidiarán.
Berlina en Madrid tenemos
y casa en este lugar,
hacemos papel airoso
en cualquiera sociedad,
y no debemos sinó
visitas: todo lo cual
para tí y para mi niña
(dos niñas en realidad)
lo he codiciado con ansia

tierna y amoroso afan.
Si esto no es querer, sospecho
que cerca le debe andar. (*Váse.*)

ESCENA II.

SOFIA.

¿Vive en esa persuasion,
ó se está de mí burlando?
No es eso amor, no, Fernando:
es codicia, es ambicion.
Dígalo mi corazon,
que ya del tuyo se extraña,
porque él ya no le acompaña
en los afectos que siente.
Uno de nosotros miente,
ó sin saberlo se engaña.
Siete años pasé de esposa
bendiciendo mi fortuna;
pero ya mi vida es una
muerte larga y dolorosa.
¿Por qué huyó tan presurosa
la dicha que amor me dió?
¿Como es que se convirtió
en amargura despues?
¿Quién me hace infeliz? ¿quién es?

ESCENA III.

CARLOS, *por la puerta de la calle.*—SOFIA.

CARLOS. Servidor de usted: soy yo.
SOFIA. ¡Cárlos!
CARLOS. Señora...
SOFIA. ¿Pues como?...
(*Aparte.*)
¡Qué rara casualidad!
¡Usted en Villaviciosa!

No se le esperaba acá
tan pronto. ¿Qué hay por Madrid?

CARLOS. Que esta mañana, al pasar
á casa de ustedes, donde
no ocurre mas novedad,
allí me estaba esperando
muy inquieto don Tomás,
el agente del ministro
de Gracia y Justicia, el cual
me dijo que era forzoso
á Don Fernando enviar
esta carta hoy mismo con
la mayor celeridad.
Yo pues, á fuer de pasante
que estima á su principal,
tomé un caballo... y me vengo...
para volverme á marchar
al punto, si usted indica
ser esa su voluntad.

SOFIA. ¿No hace usted falta á Fernando
en Madrid?

CARLOS. ¿Y estoy demás
aquí?

ESCENA IV.

FERNANDO.–SOFIA. CARLOS.

FERNAN. Sofía, Sofía,
ya tienes en el portal
á los dos huéspedes.

SOFIA. Cuenta
con tres. *(Vase.)*

ESCENA V.

FERNANDO. CARLOS.

FERNAN. ¡Calle; ! Voto á san!...
¡Carlitos! Pues ¿qué sucede?

CARLOS. Esta carta lo dirá.

FERNAN. Leamos. (*Abre y lee.*)
CARLOS. (*Ap.*) Ya pude verla.
¡Dichosa casualidad!
FERNAN. De su Excelencia. ¡Hola! ¡bien!
Convencen al tribunal
nuestros argumentos.
CARLOS. Yo
no hice mas que formular
ideas que son de usted
exclusiva propiedad.
FERNAN. (*Leyendo.*) «Entérese usted, y vea
si es necesario quizá
que nos hablemos.»
CARLOS. Encargo
tengo muy particular
del agente para hacer
que vaya usted.
FERNAN. (*Leyendo.*) «Convendrá,
dice el agente, si puede
ser sin incomodidad
de usted, que dilucidemos
un artículo esencial.»
Volver á Madrid ahora
me descompone mi plan.
CARLOS. Entónces...
FERNAN. Veremos.—Cárlos,
amigo mio, un millar
de gracias por el favor
grandísimo de haber... (*Le aprieta la mano.*)
CARLOS. ¡Ay!
FERNAN. ¿Le he hecho daño á usted?
CARLOS. No es nada.
FERNAN. Perdone usted: sí será,
cuando usted se queja.
CARLOS. Un golpe
en este brazo...
FERNAN. En verdad
que esa manga abulta mucho.
¡Vaya! y yo sin reparar...
CARLOS. Está el vendaje mal puesto.
Pero no fué cosa... y va
muy bien.
FERNAN. ¡Látigo y espuelas!..
Hombre, ¡qué temeridad!
Casi impedido de un brazo,

atreverse á cabalgar!
Le debo reñir á usted.

CARLOS. Pero...

FERNAN. Con severidad.
Primero por ese golpe,
que es herida, á no dudar,
y herida de arma.

CARLOS. Señor...

FERNAN. Triunfe la sinceridad,
Cárlos: usted ha tenido
un lance.

CARLOS. No tal.

FERNAN. Sí tal.
¿Por qué ha sido, ó por quién? Vamos.

CARLOS. Permítame usted callar.

FERNAN. ¿No puedo saberlo yo?

CARLOS. ¡Oh! no.

FERNAN. ¿Un amigo leal
no puede?...

CARLOS. Imposible de
toda imposibilidad.

FERNAN. Pues yo, mi querido Cárlos,
lo tengo de averiguar.

CARLOS. Por Dios...

FERNAN. Su padre de usted
me escribió dias atras
pidiendo informes acerca
de la conducta moral
de su hijo, y debo instruirle
de todo.

CARLOS. (*Ap.*) ¡Oh fatalidad!

FERNAN. El me asegura en su carta
que sabe por buen canal
que tiene usted un capricho
galante, poco ejemplar.

CARLOS. (*Ap.*) ¡Ya se cuenta!...

FERNAN. Como estoy
ocupado por demas,
no he podido dedicarme
aún con formalidad
á ese asunto: sin embargo,
su tiempo le llegará.

CARLOS. Incurrir puedo en flaquezas
hijas de mi corta edad;
pero á mi padre y á usted

juro que no soy capaz
ni de accion que me deshonre,
ni de intento criminal.

FERNAN. No lo dudo yo, querido.
Váyase usted á quitar
esas espuelas ahí
en mi cuarto...

CARLOS. Voy allá.

FERNAN. Y pásese por la sala
despues, donde ya estarán
deseando verle ..

CARLOS. ¿Quiénes?

FERNAN. Isabel y Don Gaspar.

ESCENA VI.

GASPAR.—FERNANDO. CARLOS.

GASPAR. Presente. (*Ap.*) ¡Huy!

CARLOS. (*Ap.* ¡Huf!) Beso á usted
la mano. (*Vase.*)

GASPAR. Abur, perillan.

ESCENA VII.

FERNANDO, GASPAR.

FERNAN. ¡Con qué franqueza le tratas!

GASPAR. Necesito yo enseñar
á ese títere de goma,
bachiller sentimental,
que á un sujeto de mi temple
se le debe respetar.

FERNAN. ¿Pues qué?...

GASPAR. Soy hombre de mundo...

FERNAN. Tú lo dices.

GASPAR. Soy sagaz.
Siento la yerba crecer.

FERNAN. Pues, y la luna menguar.

GASPAR. ¿Oyes? Eso de la luna.

¿es alusion personal?

FERNAN. Gaspar, tú vienes...

GASPAR. Echando
bocanadas de alquitran.
Pero soy hombre de mundo:
no me quiero sofocar.

FERNAN. Muy bien hecho. ¿Qué te pasa?

GASPAR. Cosa de poca entidad.
Que la loca de tu prima
se deja galantear
de tu pasante.

FERNAN. La prueba
al canto, señor fiscal:
juxta alegata et probata
fallo se pronunciará.
Pruebas necesito, como
dijo en situacion igual
Otelo. ¿Tienes diadema
ó carta que presentar?

GASPAR. Tengo ojos...

FERNAN. De topo.

GASPAR. Oidos...

FERNAN. Sí, de escopeta, que dan
con una chispita un trueno.

GASPAR. Tengo en fin mi perspicaz
discurso...

FERNAN. Que se equivoca..

GASPAR. Las ménos veces.

FERNAN. Las mas.

GASPAR. Es regla de hombre de mundo,
que si su dulce mitad
anda triste sin motivo,
y no se quiere ocupar
en los quehaceres caseros,
y busca la soledad,
y lee coplas y dramas
y novelas sin cesar...

FERNAN. (*Aparte.*) Esta es la vida que lleva
Sofía.

GASPAR. Mala señal.

FERNAN. Hombre....

GASPAR. Es así que mi esposa,
doña Isabel Macanaz,
canta y rie mas alegre
que mártes de carnaval,

que trabaja la maldita
lo mismo que un azacan,
administrando sus bienes
y los mios, y ademas
los de Antonia, mi pupila,
colegiala en el Real
convento de las Salesas,
de que pronto emigrará;
es así que mi mujer
busca la publicidad
en tertulias y paseos,
y no se le ve pillar
mas impreso que el Diario
y el Directorio moral...

FERNAN. Luego tu mujer te quiere.

GASPAR. Luego esa mujer falaz
quiere engañarme de modo
que no me pueda quejar.

FERNAN. Celosos he visto yo;
pero tan original
como tú, ninguno.

GASPAR. Falta
la cola por desollar.
En Madrid, siempre que voy
con ella á tu casa, tras,
Carlitos junto á Isabel,
dejando dormir en paz
tus pedimentos.

FERNAN. Pero eso....

GASPAR. Salis de la capital;
queda el Carlitos allí,
y á título de amistad
con nosotros, y á pretexto
de llegarse á preguntar
por tí y por Sofía...

FERNAN. ¿Eh?

GASPAR. No salia el muy truhan
de mi casa. Nos venimos:
y él delante. Es singular
que mirándole yo siempre
con un jesto de caiman,
se empeñe en hacerme objeto
de su sociabilidad.

FERNAN. Pero Isabel...

GASPAR. Es coqueta,

y por hacerme rabiar,
pusiera ella buena cara...

ESCENA VII.

ISABEL, *del brazo con* CARLOS.—FERNANDO. GASPAR.

ISABEL. Mucho le honra usted.
GASPAR. (*Ap. á Fernando.*) ¿Qué tal?
¡Por vida!...
FERNAN. (*Ap. á Gaspar.*)
El hombre de mundo...
GASPAR. (*Ap. á Fernando*)
(Sí, debe disimular.)
Mujer...
ISABEL. Marido...
GASPAR. ¿No tengo
este lazo desigual?
ISABEL. Está como de tu mano,
que eres torpe, si los hay.
(*Llega á su marido y le arregla el lazo de la corbata.*)
GASPAR. (*Ap. á Isabel.*)
¿Qué te decia ese necio?
ISABEL. (*Ap. á Gaspar.*)
Cosa que te ha de admirar.
Que eres hombre muy amable:
¡cuidado si es necedad!
GASPAR. Mira...
FERNAN. (*Ap. á Cárlos.*)
Usted, amigo, deje,
por si puede peligrar,
ver de un médico ese brazo.
CARLOS. Bien. Gracias. Me le verán.
GASPAR. (*Ap. á Isabel.*)
Si otra vez...
ISABEL. (*Acabando el lazo.*)
No me incomodes,
ó encomiéndate á san Blas;
que te ahogo.—Anda con Dios.
FERNAN. (*Aparte.*) ¿A quién enamorará
este muchacho? Me ha dado

bastante que meditar
mi primo, el hombre de mundo.
Nada: imperturbabilidad,
y ojo alerta.

ESCENA VIII.

SOFIA.—FERNANDO. GASPAR. CARLOS.

SOFIA. Cuando ustedes
quieran, pueden almorzar.
ISABEL. Yo no.
GASPAR. Yo tampoco.
ISABEL. Sí:
tú tienes necesidad.
GASPAR. ¿Y Carlitos?
CARLOS. No me hallo
con apetito.
ISABEL. Él vendrá.
Vaya usted... y tú. (*A Fernando.*)
FERNAN. Yo ¿tengo
apetito?
ISABEL. Sí, voraz.
Ea, ustedes á engullir,
nosotras á murmurar.
FERNAN. Cúmplase lo que dispone
Doña Isabel Macanaz. (*Vánse los tres.*)

ESCENA IX.

SOFIA. ISABEL.

ISABEL. Solas nos hemos quedado,
como anhelaba impaciente:
respóndeme francamente,
que me tienes con cuidado.
Érate Madrid molesto,
y el campo gozar quisiste:
en Villaviciosa triste,
y triste en Madrid, ¿qué es esto?
SOFIA. Desechar quise en la calma

de los campos mi tristeza;
pero ¡ay! la naturaleza
no cura males del alma.
Este sol primaveral,
este aire apacible, tibio,
léjos de prestarme alivio,
me da congoja mortal.
Por un ansia devorada
que nunca experimenté,
lo que quiero no lo sé:
lo que me cerca me enfada.
El arroyo que murmura,
el verde prado, las flores
de mi jardin, las labores
domésticas, la lectura,
todo me cansa; hallo en todo
algo que ofenda ó que aflija;
los cariños de mi hija
me atemorizan de modo,
que huyo de ella con espanto
sin poderlo remediar,
huyo y me escondo á llorar,
porque me avergüenza el llanto.

ISABEL. Pues, queridita, la madre
á quien su hija amedrenta,
poquísimo, por mi cuenta,
deberá querer al padre.

SOFIA. Merézcalo.

ISABEL. ¿Te es leal?

SOFIA. Sí.

ISABEL. ¿Gasta mal genio?

SOFIA. No.

ISABEL. ¿Quiere á Pilar?

SOFIA. Mas que yo.

ISABEL. ¿Te derrocha tu caudal?

SOFIA. Me le aumenta cada dia.

ISABEL. ¿Se ha vuelto avaro de pronto,
marica, soez ó tonto?

SOFIA. No.

ISABEL. Pues entónces, Sofia,
¿qué mas quieres?

SOFIA. ¿Qué? Ternura
que mi ansiedad satisfaga
con el cuidado que halaga,
con el afan que asegura,

con aquel íntimo ardor,
aquel victorioso encanto,
que pudo arrancarme el santo
juramento de mi amor.
Sobre el tálamo con gozo
la cabeza incliné;
soñé un cielo y desperté,
y halléme en un calabozo,
por cuyos negros rincones
revolando alborotada
la espantadiza bandada
de mis bellas ilusiones,
al dar contra la escabrosa
piedra del muro cruel,
dejaron rotas en él
sus alas de mariposa.

ISABEL. Pero, hija, tú no sospechas
cuál es el mundo que habitas:
lo que niega solicitas,
y lo que ofrece desechas.
Haces mal· ciencia muy alta
nos enseña que conviene
tomar lo bueno que tiene,
sin pedir lo que le falta.
Veredas hay deliciosas
en él, y ásperos breñales:
huyamos de los zarzales,
caminemos entre rosas;
que si rigiendo advertida
tu libre imaginacion,
estimas en lo que son
el mundo, el hombre y la vida;
si encerrada con placer
en el doméstico hogar,
te dejas aconsejar
de la razon y el deber;
tú verás una y mil veces
que son melindre y quimeras
la amargura que ponderas,
el desamor que encareces;
verás que en tu daño luchas
cuando con lloro indebido
te me quejas de un marido,
que ya le quisieran muchas;
volverás en tí á la luz

que las verdades abona,
reconociendo corona
la que imaginaste cruz;
y exclamarás con fervor
de tu casa en el regalo:
No es este mundo tan malo,
á falta de otro mejor.

SOFIA. ¡Isabel!...

ISABEL. Mira el esposo
que por suerte me ha cabido:
sobre ser poco entendido,
el pobre diablo es celoso;
y tan oportuno sesgo
siempre á sus recelos dió,
que solo de mí fió
cierta vez, que fué con riesgo.

SOFIA. ¿Cómo?...

ISABEL. Nada, una tormenta
que no trajo mas que ruido:
ya lo sabrás.—Mi marido
me consume y se impacienta
sin asomo de razon,
que es cosa en verdad que hiere;
pero al fin y al cabo, él quiere
á su mujer con pasion;
y el dia que de su injusto
proceder se desengaña,
sabe darse buena maña
para que olvide el disgusto.
Por esto pues, yo que ciño
á mi Gaspar mis anhelos,
me divierto con sus celos
y gozo con su cariño;
y el constante buen humor
que mi conciencia me cria,
reviste de poesía
mi almohadilla y bastidor;
mis camelias y mis aves
me hechizan; y, sin enfado,
vigilo á mi apoderado
y observo al ama de llaves.
Toma cuentas á tu pecho,
sigue las pisadas mias,
y no pidas gollerías,
tal vez con poco derecho.

SOFIA. ¿Con poco derecho?...
ISABEL. Sí.
¿Anda como tú tu esposo
melancólico y bilioso
y descontento de ti?
SOFIA. No á fe. ¡Dichoso mortal!
A él todo le da alegría:
yo creo que se extasía
con el código penal.
ISABEL. Vé ahí descubierto el bú
que en tu alma yace escondido:
no culpes á tu marido;
la culpa la tienes tú.
SOFIA. Él solo en sus leyes piensa,
no en mí, que soy tan amante....
ISABEL. ¿De Fernando, ó del pasante?
SOFIA. ¿Quién? ¿Yo de Cárlos?... ¡Qué ofensa!
Pura amistad le consagro,
nada mas
ISABEL. ¿No? Pues yo advierto
que él bien te quiere...
SOFIA. ¡Ah!
ISABEL. Por cierto
que me achacan el milagro.
SOFIA. Y bien... ¿qué debo hacer yo?
ISABEL. Mujer, ¿eso me preguntas?
Las dos siempre andamos juntas:
ahuyéntale, y se acabó.
Gaspar verá claramente
que ese hombre nunca me quiso,
y evitar un compromiso
cruel, y quizá inminente.
SOFIA. ¡Compromiso! ¿Cuál?
ISABEL. Repara
que es buen chico.
SOFIA. ¿Él?
ISABEL. Y elegante.
SOFIA. Lo necesita bastante.
ISABEL. Y muy gracioso de cara.
SOFIA. ¡Bah!
ISABEL. Tiene ademas talento
nada vulgar.
SOFIA. Puede ser;
mas no se lo echo de ver.
ISABEL. Le desluces, y lo siento

mucho, porque se me antoja
que es encubrir tu aficion.

SOFIA. Isabel, es aprension
tuya.

ISABEL. Bien: aquí la hoja
se doble; pero, querida,
por la Vírgen, que no trates
de aventurarte á combates,
que exponen á ser vencida.

SOFIA. Ya, precaviendo tragedias,
há tiempo que sé evitarlos,
y hasta los evita Cárlos,
que es hombre de honor...

ISABEL. A medias.
El que llega á codiciar
lo ajeno, y halla ocasion,
bien puede no ser ladron,
pero harto le ha de costar.

ESCENA X.

FERNANDO. GASPAR.—SOFIA. ISABEL.

GASPAR. Hétenos aquí.

ISABEL. ¡Tan pronto!

FERNAN. Privados de compañía
tan grata, no hay apetito
que diez minutos resista.

ISABEL. ¿Y Cárlos?

GASPAR. (*Aparte* ¡Eh! ya pregunta
por él.) Cárlos pensaria
que no debieran echarle
de ménos con tanta prisa,
y obedeciendo á Fernando,
que es tenaz si se encapricha,
salió á pedir un informe
al matador de la villa.

SOFIA. De la carta que te trajo
no me has dicho todavia
nada.

FERNAN. Me escribe el Ministro
que para darme noticias
que importan, vaya á comer

con él esta noche misma.

SOFIA. ¿Y piensas ir?

FERNAN. Si estuviera
solo contigo, no iria;
pero encontrándose en casa
Gaspar con Isabelita,
los dos suplirán mi ausencia,
que no pasará de un dia.

ISABEL. Supongo que irá contigo
Cárlos.

FERNAN. Te equivocas, prima:
no hay carruaje, y á caballo,
no quiero yo que me siga.

ISABEL. ¿Seguirte? Corre ese chico
mas de lo que tú imaginas.

SOFIA. A caballo vino.

FERNAN. Bueno:
pues basta con la venida.

SOFIA. No lo entiendo.

ISABEL. Yo tampoco.

GASPAR. Pronto sabreis el enigma.

ESCENA XII.

CARLOS, *con dos ramos de flores.*—FERNANDO, SOFIA, ISABEL, GASPAR.

CARLOS. Señores...

FERNAN. ¿Qué dice el médico?

CARLOS. El médico está en Boadilla:
no le he visto; su mujer,
que se da por muy amiga
de las señoras, con estos
dos ramilletes me envia.

SOFIA. ¡Y se ha incomodado usted!...

CARLOS. La carga no es excesiva.
Tome usted el uno. (*A Isabel.*)

GASPAR. (*Ap.*) Ya:
mi mujer la primerita.

CARLOS. Y este para usted.
(*Da el otro ramillete á Sofia.*)

ISABEL. Quedamos
altamente agradecidas

al mandadero.

GASPAR. Fernando, (*Ap. á él.*)
quiero hacer una pesquisa
en que has de ayudarme.

FERNAN. ¿Cómo?

GASPAR. Diciendo lo de la herida,
porque si ella no lo sabe,
quizá produzca una riña.

FERNAN. Si te empeñas... (*Hablan bajo.*)

SOFIA. Esta rosa
vale mas que cuantas cria
mi jardin. ¿La quieres? (*A Isabel.*)

ISABEL. Sí,
es muy hermosa.
(*La toma, y la deja caer, dando un grito: Cárlos la alza del suelo.*)
¡Ay maldita!

SOFIA. ¿Qué ha sido?

ISABEL. Que me ha clavado
las uñas.

CARLOS. Si es tan arisca,
yo me quedaré con ella.

GASPAR. (*Ap.*) Ya se andan con florecitas
delante de mí. (*Patea.*)

FERNAN. ¿Qué tienes?

GASPAR. Se me duerme esta rodilla.
¡Hum!...

ISABEL. (*A Cárlos.*) ¿Me hace usted el favor?...

CARLOS. Fuera hacer muy poca estima
de mi suerte, fuera ser
cortés con descortesía.
El descuido de una dama
es un favor sin malicia,
y al que no los aprovecha,
de mal caballero tildan.

GASPAR. (*Ap.*) ¡Habrá maulon!

ISABEL. Yo no entiendo
libros de caballerías,
quiero mi rosa.

SOFIA. (*Dándole otra.*) Toma esta.

FERNAN. Perfectamente. Sofía:
con eso habrá paz.

ISABEL. A costa
de su ramillete.

GASPAR. ¡Linda

proeza! ¡escamotear
una rosa!

CARLOS. Yo sabría
sacarla de entre las garras
de fieras enfurecidas,
como Ponce de Leon
el guante de su querida.

GASPAR. Poco arriesgan el pellejo
los mozalvetes del dia.

FERNAN. Si es alusion á Carlitos,
rechazarla me precisa.
Poco hace que se batió.

SOFIA. (*Ap.*) ¡Cielo!

FERNAN. Este brazo lo diga.
(*Ap. á Gasp.*) Ya te he servido.

CARLOS. (*Ap.*) ¡Oh Dios!

ISABEL. Ya.
Por eso era la visita
al médico.

FERNAN. Sí.

ISABEL. Por eso
no va contigo, y le cuidas,
haces bien.

GASPAR. El duelo fué
por alguna señorita:
eso desde luego.

CARLOS. Sí;
por mi hermana.

ISABEL ¡Pobre niña!

SOFIA. ¿Con que ha venido á esta tierra?

CARLOS. Aun vive en Andalucía.

FERNAN. Puede uno en Madrid batirse
por dama que esté en Manila.
Desdice un poco del hombre
cuyo ejercicio le obliga
á cursar los tribunales
en demanda de justicia,
desdice un poco el andar
echándola de duelista;
pero en haciéndose moda,
¿quién de la moda se libra?
En fin, usted no dará
lugar á nueva filípica.

CARLOS. Harto siento merecerla.

ISABEL. Y mas acaso el oirla

en presencia de quien odia
semejantes valentías.

GASPAR. (*Ap.*) Por sí lo dice. ¡Qué audacia!

FERNAN. Aquí estamos en familia.

SOFIA. Bueno es saber la verdad,
aunque sorprenda y aflija.

CARLOS. ¡Oh! (*Ap.*)

SOFIA. (*A Isabel.*) ¿Quieres ver mi jardin?

ISABEL. Sí.

FERNAN. Vamos. (*Da el brazo á Isabel.*)

GASPAR. (*Ap.* Por si se arrima
el otro...) Tengo que hablaros
á los dos. (*Toma el otro brazo á su mujer.*)
(*Ap.*) Ya está que trina
con él. ¡Lo que vale ser
hombre de mundo y de chispa!

(*Vánse Fernando y Gaspar, llevando en medio á Isabel.*)

ESCENA XIII.

SOFIA. CARLOS.

CARLOS. Hágame usted el favor
de oir el triste accidente
que ha dado...

SOFIA. Inmediatamente
vuélvame usted esa flor.

CARLOS. ¡Tambien usted rigorosa
conmigo! ¿Creyó tambien
usted?....

SOFIA. No parece bien
sino en mi mano esa rosa:
donde está, diera ocasion
á interpretaciones varias,
á mi decoro contrarias
y ajenas de mi intencion.

CARLOS. En poder de usted ó mio,
solo significará....

SOFIA. Otras á usted le dará
la dama del desafio.

CARLOS. No espero mucha merced
cuando, conmigo en querella,

no me oye...

SOFIA. Pues... ¿quién es ella?
¿por quién ha reñido usted?

CARLOS. Por aquella á quien la palma
de mi fe tímido postro,
ángel de belleza en rostro,
ángel de virtud en alma.
De mi reposo enemigo,
movióse contra ella un labio:
secreto pasó el agravio,
secreto llevó el castigo;
funesta casualidad
el secreto reveló.

SOFIA. Esa herida... ¿es grave?

CARLOS. No:
ya no hay cuidado.

SOFIA. ¿Es verdad?

CARLOS. Lo es. En fin, yo no debí
tomar esta flor: la entrego.

SOFIA. Arrójela usted al fuego.

CARLOS. Bien: harto fuego hay aquí. (*Guarda la rosa en el pecho.*)

SOFIA. Decláreme usted ahora
qué agravio fué el que vengó.

CARLOS. ¿A qué? Ya se desmintió
la lengua murmuradora.

SOFIA. Yo he de saber lo que fué.

CARLOS. Y yo lo debo callar.

SOFIA. ¿Es tan amargo pesar?

CARLOS. Yo con terror lo escuché
y....

SOFIA. ¿Con terror?

CARLOS. Y con ira,
y suena mal en mi boca.

SOFIA. ¿Quiere usted volverme loca?
Por Dios, ¿qué fué?

CARLOS. Una mentira.

SOFIA. ¿Qué mentira?

CARLOS. Un atrevido
sospechó....

SOFIA. ¿Qué sospechó?

CARLOS. Que amaba.... que amaba yo...
y amaba correspondido.

SOFIA. ¡Ah! (*Cúbrese el rostro y rompe en sollozos.*)

CARLOS. Yo espantado y furioso

le quise quitar la vida.
¿Fué pena bien merecida
la pena del mentiroso?
Yo temblé cuando le herí.

SOFIA. (*A parte.* ¡Oh! ¡qué martirio cruel!
Bien lo predijo Isabel!)
¡Cárlos! ¿qué hará usted por mí?

CARLOS. Señora, yo sé arriesgar
mi vida, sé padecer:
todo lo puede ofrecer
el hombre que sabe amar.
Diga usted, ordene, exija....

SOFIA. Cárlos, un ángel me advierte
mi extravío: angustia fuerte
me da el beso de mi hija;
cuando á usted le da mi esposo
la mano, ¿qué experimenta?

CARLOS. El bochorno de la afrenta,
remordimiento horroroso.
Pero ahora, este placer,
¿por qué se ha de acibarar?

SOFIA. ¡Ay! es preciso acabar
de sufrir y de temer.
Corremos á dos abismos,
y es tiempo ya de pararnos:
debemos reconciliarnos
los dos con nosotros mismos.
¿No tendrá usted fortaleza,
Cárlos, para resolverse...

CARLOS. ¿A qué, Sofía?

SOFIA. A volverse
con sus padres á Baeza?

CARLOS. ¡Ah! ¡Qué es lo que prometi!
Sofía, piedad reclamo.

SOFIA. Le diré á usted que le amo.

CARLOS. ¡Iré, Sofía, iré allí!

SOFIA. (*Aparte.*)
Honor, satisfecho estás.

CARLOS. Sol bello, cuya luz sigo,
lleve yo tu amor conmigo;
nada importa lo demas.

SOFIA Quisiera que la partida
fuese mañana.

CARLOS. Que sea.

SOFIA. ¡Bien, Cárlos! (*Le da la mano y él se la besa.*)

CARLOS. ¡Ah! Gracias.
SOFIA. Ea,
basta
CARLOS. ¡Ídolo de mi vida!
SOFIA. Olvídeme usted.
CARLOS. Terrible
por demas es la sentencia.
Bastante aflige la ausencia;
no exija usted lo imposible.
SOFIA. Esto conviene á los dos.
CARLOS. Ya que mi ventura pierdo,
salve siquiera el recuerdo.
No es mucho.
SOFIA. ¡Cárlos!... Adios. (*Vàse.*)

ESCENA XIV.

CARLOS, *sacando del pecho la rosa.*

Flor, gala de tu verjel,
flor, que mi bien á mis ojos
acercó á sus labios rojos
envidiados del clavel,
tú, tú la prenda serás
que eternice en mi memoria
este momento de gloria
que yo no esperé jamás.
¡Qué de veces me has de ver
sobre tu cáliz llorando!
¡Cielos! (*Huye por la puerta lateral.*)

ESCENA XV.

GASPAR.

¡Estaba besando
la rosa de mi mujer!
Ya se me apuró el aguante:
mañana de madrugada
le paso de una estocada
los hígados al pasante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA I.

Isabel. Gaspar.

ISABEL. ¿Hablarás al fin?
GASPAR. (Mirando á todos lados.) ¡Chiton!
ISABEL. Pero ¿se podrá saber?...
GASPAR. (Acercando un sillon y mostrándose á su mujer con aire de autoridad, pero ridículo.)
Siéntate. Voy á tener
contigo una explicacion.
ISABEL. (Sentándose.)
Lograrás darme [illegible].
¿Qué tienes?
GASPAR. Vas á escucharme.
(Coge otro sillon, lo coloca en frente del de Isabel, se sienta y la mira de hito en hito sin hablar una palabra. Ella hace lo mismo, hasta que despues de una larga pausa, Gaspar estalla en cólera.)
¿Y aun te atreves á mirarme?
ISABEL. (Sonriendo [illegible].)
Ya, ya, ya caigo: son celos.
GASPAR. ¿Te ries? ¡Hay tal audacia!
Cuando estoy echando lumbre...

ISABEL. Ya sabes que es mi costumbre
siempre que das en tal gracia.
GASPAR. Mira, Isabel, si me irrito...
ISABEL. Harás mal, que hace calor.
GASPAR. ¿Con que tú me tomas por...
ISABEL. Por un babieca, claríto;
que con el continuo espanto
de tu celosa manía
acabarás en un dia
con la paciencia de un santo.
Y si yo no sucumbí,
es que, para consolarme,
en vez de desesperarme
dí..
GASPAR. ¿En qué?
ISABEL. En reirme de ti.
GASPAR. Mira, Isabel, lo que dices.
¿Piensas tú que no reparo?..
ISABEL. Si en tu vida has visto claro
mas allá de tus narices:
y en el sempiterno artículo
de tu celoso desvelo
estás cada vez mas lelo,
y cada vez mas ridículo.
GASPAR. ¡Señora!... Mas no me engañas,
no, con tus burlas arteras;
porque lo que tú quisieras,
pues, era hacerme á tus mañas:
y porque á tí te está bien
que yo cierre ojos y oidos
como uno de esos maridos
que á todo dicen amén:
y que en los lances mas críticos,
con estúpida paciencia,
se muestran á la evidencia
sordos, ciegos, paralíticos.
Pero yo no me confundo
con gente tan baladí,
y para engañarme á mí
es preciso...
ISABEL. ¡Oh! mucho mundo:
pues ¿quién lo duda?
GASPAR. Mi enojo
puedo apenas reprimir.
¿Te burlas? ¡Eso es decir!...

ISABEL. Interprétalo á tu antojo.
GASPAR. Tú piensas que estoy en babia
cuando las alcanzo al vuelo.
Las pagará ese trastuelo:
me le he de comer de rabia.
ISABEL. Pero ¿á quién?
GASPAR. ¿Quieres ahora
que te regale el oido?
ISABEL. (*Con burla.*)
Quiero saber quién rendido
se abrasa por mí.
GASPAR. ¡Traidora!
Deja que yo le refresque.
No hay nada que se me escape:
ni sonrisa que no atrape,
ni seña que yo no pesque.
Bien clara tu inteligencia
con tu vil cómplice ví:
bien os burlabais de mí;
si callé fué... por prudencia.
No tragué, no, la engañosa
treta que inventó tu afan
para dar á tu galan
en mis barbas una rosa.
ISABEL. (*Turbada.*)
¡Ah! (*Ap.*) ¡Silencio! (*Ap.* Si se halla
cerca Sofía...)
GASPAR. ¡Te vendes!
Parece que ya me entiendes.
ISABEL. Bien, ¿y qué? Déjame y calla.
GASPAR. (*Furioso.*)
¡Cómo! ¡á mí!...
ISABEL. Tu ira desprecio.
Cuando me harten tus sandeces,
te haré ver como otras veces...
GASPAR. ¿El qué? Dí.
ISABEL Que eres un necio,
y que estás en un error.
GASPAR. ¡La prueba!... Algun enredijo.
Quiero ser necio: lo exijo.
¡La prueba!
ISABEL. No estoy de humor.
GASPAR. ¿Así respondes?
ISABEL. Así.
GASPAR. ¡Por Cristo!.. yo te haré ver...

ISABEL. (*Señalando al foro.*)
¡Silencio!.. ó vamos á ser
cuatro á reirnos de tí.
GASPAR. ¡Oh! si no fuera por ellos...
ISABEL. ¡Eh! ya basta, que aquí están.
GASPAR. (*Mirando.*)
Y tambien viene el galan...
¡Se me erizan los cabellos!

ESCENA II.

FERNANDO. SOFIA. CARLOS.—ISABEL. GASPAR.—*Los tres primeros vienen hablando alto con mucha animacion, y al pronto no reparan en Gaspar é Isabel.*

FERNAN. No me lograis persuadir.
Digo que es una locura.
SOFIA. Mas si su padre le apura...
CARLOS. Cierto...
FERNAN. Dejarle decir.
CARLOS. Su voluntad...
FERNAN. Patarata.
Aquí los primos están,
y vereis como me dan
la razon.
ISABEL. ¿De qué se trata?
FERNAN. De quitar de la cabeza
á Carlitos la manía
de marcharse á Andalucía,
y sepultarse en Baeza.
ISABEL. ¿Cómo? ¿para siempre?
CARLOS. Sí.
ISABEL. (*Ap. mirando á Sofia.*)
¡Ah! ya caigo.
FERNAN. Es aprension
meterse en un lugaron ..
CARLOS. (*Con intencion, mirando á Sofía.*)
Mi padre lo manda así.
SOFIA. (*Lo mismo.*)
Cierto: y él tiene derecho...
FERNAN. Yo sostengo que es injusto.
CARLOS. (*Id.*) Yo parto por darle gusto.

GASPAR. Muy bien dicho.
ISABEL. Muy bien hecho.
GASPAR. (*Asombrado, mirando á su mujer.*)
¿Eh?
FERNAN. Tú... (*Con sorpresa.*)
CARLOS. Señor don Fernando,
todos son de un parecer.
GASPAR. ¡Todos! ¡Hasta mi mujer!
(*Ap.* ¿Si habré yo estado soñando?)
FERNAN. (*Ap.*) ¿Habrá aquí alguna tramoya,
ó es solo una obcecacion?
(*A Cárlos.*)
Sepamos en qué razon
su padre de usted se apoya.
CARLOS. (*Turbado.*)
Razones...
ISABEL. (*Vivamente.*) Serán acaso
de familia.
CARLOS. (*Mirando á Sofía.*)
Es un acuerdo...
Dicen que aquí el tiempo pierdo,
sin adelantar un paso.
FERNAN. ¿Y es eso solo? ¡Divino!
pues la cuestion se acabó.
Justamente hoy pienso yo
lograr para usté un destino.
Para un asunto importante
hoy como con su Excelencia,
y ya le hablé en otra audiencia
sobre una plaza vacante.
Llevo el decreto extendido...
Si su palabra confirma,
hablo, lo sube á la firma,
y es asunto concluido.
SOFIA. (*Ap.*) ¡Ah! (*Alto.*) Pero...
ISABEL. (*Ap.*) ¡Qué obstinacion!
Marido al fin.
GASPAR. (*Mirándola.*) ¿Eh?
CARLOS. (*A Fernando.*) Con todo...
FERNAN. Nada, nada... y de este modo
ya se halla usté en posicion
de aspirar pronto á la mano
de alguna rica heredera.
ISABEL. (*Ap.*) ¡Ah! bien.
GASPAR. (*Ap. observándola.*) Mi mujer se altera.

FERNAN. (*A Gaspar.*)
¿No es buen medio?
GASPAR. ¡Soberano!
¡Sublime! (*A Cárlos.*) ¡Cásese usté!
CARLOS. Yo...
FERNAN. No hay vida mas pacífica.
GASPAR. ¡Oh! Sí por cierto, es magnífica.
(*Ap.*) ¡Al ménos me vengaré!
CARLOS. El matrimonio me agobia...
FERNAN. ¡Bah! Si hay paz y buena renta...
Pero ahora caigo en la cuenta:
tambien tenemos ya novia.
ISABEL. ¿Ya?
FERNAN. Y digo que no es mal lote.
CARLOS. Será fea, tonta ó rara.
FERNAN. No por cierto: buena cara,
y mas de un millon de dote.
ISABEL. Pero ¿quién es?
GASPAR. Acabemos.
FERNAN. (*A Gaspar.*)
Tu pupila.
GASPAR. ¡Ah!
FERNAN. (*A Gaspar.*) Buena boda.
¿No es cierto? A tí te acomoda.
SOFIA. (*Ap.*) ¡Cielos!
GASPAR. A mí... ya hablaremos.
FERNAN. ¡Cómo!
ISABEL. Primero es saber...
GASPAR. (*Aparte, mirando furioso á Isabel.*)
¡Ya se opone! ciego estoy.
FERNAN. (*A Gaspar.*)
¿Se la niegas?
GASPAR. (*Con decision.*) Se la doy.
(*Ap.*) Y que rabie mi mujer.
FERNAN. (*Dando la mano á Cárlos.*)
¿Con que es hecho?
CARLOS. (*Retirándola.*) No en verdad.
Yo agradezco tanto honor;
pero ántes fuera mejor
consultar mi voluntad.
FERNAN. Despreciar así un partido
tan brillante...
CARLOS. Sí, prefiero
por ahora vivir soltero.
FERNAN. Pero, hombre...

CARLOS. *(Con resolucion.)* Lo he decidido.
FERNAN. Pues vuelvo á mi presuncion:
á usté otro amor le encadena.
GASPAR. *(Ap.)* ¡Pues! mi mujer... esa hiena...
¡La sacrifica un millon!
FERNAN. *(A Cárlos.)*
Para mí ya es evidencia.
CARLOS. Le juro á usté que no hay nada...
FERNAN. Será una mujer casada,
y niega usted... por prudencia.
Parece que hoy solo es eso
lo que en amor satisface...
Mas renunciar á ese enlace
es ya querer con exceso.
Cárlos, mire usted y aprecie
su bien: no es accion muy cuerda
que usted su fortuna pierda
por amores de esa especie.
SOFIA. *(Ap.)* ¡Cuánto sufro!
CARLOS. No consiento...
FERNAN. Sé que le puede á usté herir;
pero yo le he de decir
como amigo lo que siento.
Si en su amor no hay egoismo,
como el bien de usted prefiera,
ella será la primera
que le aconseje lo mismo.
Ni el esfuerzo es tan gigante
como á usted parecerá;
que sin duda, no será
usted su primer amante.
SOFIA. *(Ap.)* ¡Oh! ¡qué vergüenza!
GASPAR. *(Ap.)* ¡Yo sudo!
CARLOS. *(Con impaciencia.)*
¡Señor don Fernando!
FERNAN. ¡Eh! calma.
Usted debe hablarla al alma,
y cederá, no lo dudo.
Si no es falsa su pasion,
si no la corrompe el vicio,
comprenderá el sacrificio
que exige su posicion.
ISABEL. *(Mirando á Sofia.)*
¡Oh! sin duda...
GASPAR. *(Ap. furioso.)* ¡Qué cinismo!

¡Traidora! El furor me abrasa.
Fernando, ven...

FERNAN. ¿Qué te pasa?
GASPAR. Tengo que hablarte ahora mismo.
FERNAN. Pero ¿al instante?
GASPAR. Sí, al punto.
FERNAN. Vamos. (*A Cárlos.*) Arriba dejé...
CARLOS. Sí, unas cartas. (*Ap. mirando á Sofia.*)
Volveré.
FERNAN. (*A Cárlos.*) Ya hablaremos del asunto.
(*Se van Fernando y Gaspar por un lado y Cárlos por otro.*)

ESCENA III.

ISABEL. SOFIA.

ISABEL. (*Acercándose á Sofia y señalando la puerta por donde Cárlos ha desaparecido.*)
¿Sabe que es amado?
SOFIA. (*Ocultando el rostro entre las manos.*)
¡Oh!
ISABEL. ¿Qué has hecho?
SOFIA. Pero se ausenta
para siempre.
ISABEL. ¿Y le has creido?
SOFIA. A otro precio no supiera
nunca, no, la desdichada
pasion que mi pecho encierra.
ISABEL. ¡Ay! ¡á cuántas han perdido
tan engañosas promesas!
¡Cuántas que en ellas fiaron,
hoy su deshonra lamentan!
SOFIA. Me haces temblar.
ISABEL. Haz que Cárlos
en esa boda consienta.
SOFIA. ¡Isabel! ¿Acaso juzgas
ya tan grande mi flaqueza,
que al precipicio me arrastra,
si ese obstáculo no encuentra?
Aun sé vencerme.
ISABEL. ¿Ha sabido
callar tu pasion tu lengua?

SOFIA. ¡Cruel!
ISABEL. Perdona, perdona,
si te hablo con tal dureza;
mas lo primero es salvarte.
SOFIA. Pero si él de aquí se aleja.
ISABEL. Puede volver... y aunque no,
si cumple fiel su promesa,
tanto peor: por tí renuncia
á esa boda, á su carrera,
y tú habrás sido la causa
de su perdicion completa.
SOFIA. ¡Ah! dices bien. ¡Y que no
se me ocurriese esta idea!
Sí, le hablaré... Pero... ¿cómo
persuadirle á que consienta?
¡Ay! en ese triste enlace
sin mí la dicha le espera ..
¡No importa! Sea él dichoso...
Pero ¿qué haré si se niega?
ISABEL. El cederá, si tú sabes
demostrarle indiferencia,
frialdad...
SOFIA. ¡Nunca! ¡imposible!
ISABEL. ¿Prefieres ver su miseria
y su ruina, ó que se quede
libre en Madrid y te pierda?
SOFIA. ¡Ah! eso no Sea él feliz:
el cielo me dará fuerzas.
ISABEL. Ea, valor. Aquí está.
Yo daré pronto la vuelta. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SOFIA; *despues*, CARLOS.

SOFIA. Valor, se acercá la prueba:
finjamos, ya que es preciso.
CARLOS. (*Saliendo con cierta marcialidad*
Me alegro hallarla á usted sola.
SOFIA. Yo tambien me felicito:
con eso me aclarará

un enigma, un logogrifo
que no he podido entender.

CARLOS. (*Con asombro.*)
¡Qué lenguaje! No adivino...

SOFIA. Pero tome usted asiento:
anda usted asombradizo.

CARLOS. No entiendo. (*Sentándose.*)

SOFIA. Dígame usted
si ha recobrado su juicio.

CARLOS. Esa pregunta, Sofía...

SOFIA. No va fuera de camino.
Gracia, juventud, belleza
y un millon en efectivo
le tienden á usted los brazos,
y usted los desdeña arisco.
Quien tal hace, da sin duda
de poca razon indicios.

CARLOS. ¡Qué oigo! ¿Y usted me aconseja?..
¿Usted, Sofía?..

SOFIA. Lo mismo
que todo el mundo: que debe
casarse.

CARLOS. ¿Sueño ó deliro?
¡Casarme!

SOFIA. ¿Qué tiene usted?
Me va usted á hacer añicos
la silla.

CARLOS. Basta de burlas,
que son para mí un suplicio.

SOFIA. ¿Burlas? No tal... Ni comprendo
esa exaltacion. (*Ap.* ¡Dios mio!

CARLOS. ¡Absorto estoy! ¿Es posible?
¿Tan pronto dió usté al olvido
sus palabras, mi promesa,
los sofocados suspiros
que hoy, esta mañana, aquí,
respondieron á los mios?

SOFIA. (*Ap.*) ¡Cuánto me ama!

CARLOS. ¡Tiene usted
el semblante conmovido!
¿Acaso ..

SOFIA. (*Recobrándose.*)
¿Pues no? de asombro.
Ya está claro el acertijo.

CARLOS. Sofía...

SOFIA. No pude nunca
sospechar que un juego frívolo
de palabras... cuatro frases
de novela... sin sentido....
dichas por matar el tiempo,
le hagan perder á usté el tino
hasta el punto de ofrecerme
tan enorme sacrificio.
Siento haber dado ocasion..
Si yo lo hubiera sabido...
Nunca me perdonaré
mi ligereza.

CARLOS. Me admiro...
Mas no: ¡imposible! No quiero
dar crédito á mis sentidos.
Usted se burla, Sofía,
ó quiere probar lo fino
de mi amor.

SOFIA. No, por Dios santo,
no dé usted en tal delirio.
Lo que yo quiero es que admita
tan ventajoso partido
sin vacilar. Quiero verle
á usted venturoso y rico.

CARLOS. ¿Con que todo ha sido un sueño?

SOFIA. Pues, ya lo dije: un capitulo
de novela que ofrecia
ser ameno; pero, amigo,
la realidad se interpuso
con su interés positivo
de un millon y una futura,
y aquí se acabó el capítulo.

CARLOS. ¡Mi sangre hiela el asombro!
¿Con que es decir que ha servido
mi necio amor de juguete,
de pasatiempo y ludibrio?
(*Arrancándose del frac la rosa del acto primero.*)
¡Adios, pobre flor, emblema
harto significativo
de mis cortas ilusiones,
de mis burlados suspiros!
Muere en el polvo marchita,
y muera tambien contigo
la memoria de una ingrata!
(*Arroja la flor.*)

SOFIA. (*Haciendo un ligero movimiento para detenerle, y en el mismo momento aparece Isabel.*)
¡Ah!... ¡Isabel! A tiempo vino.

ESCENA V.

ISABEL. — SOFIA. CARLOS.

CARLOS. (*Tomando el sombrero para retirarse y saludando á Isabel.*)
Señora...
ISABEL. ¿Ya se va usté
así que me ha visto entrar?
CARLOS. No quisiera incomodar.
ISABEL. Si no hay mas razon...
CARLOS. (*Volviendo.*) No, á fe.
Y aun hablarla á usted queria,
dándola cuenta de un paso...
¿Sabe usté que al fin me caso?
Me ha convencido Sofía.
ISABEL. Mucho celebro...
SOFIA. (*Aparte.*) ¡Tan pronto!
CARLOS. Todo bien considerado,
la boda es un gran bocado:
no quiero pasar por tonto.
Dirán que soy un veleta,
fútil, que en nada me fundo;
pero ¿quién en este mundo
al que dirán se sujeta?
Si mi parecer varió
dos veces en solo un dia,
eso ¿qué importa? Sofía
piensa lo mismo que yo;
y mi razon inconstante
de tal modo ha convencido,
que rabio por ser marido,
aunque mi futura espante.
ISABEL. No tal, que es bella.
CARLOS. ¡Oh fortuna!
Ya en mi mente la imagino.
¿Alta, eh?
ISABEL. Buen talle.

CARLOS. ¡Divino!
¿Y amable?

ISABEL. Como ninguna.

CARLOS. ¡Oh qué feliz voy á ser!
¿Buena voz?

ISABEL. Cierto, extremada.

CARLOS. ¡Oh gozo! ¿Y bien educada?

ISABEL. Y con talento.

CARLOS. ¡Oh fortuna!
Dueño yo de tal tesoro,
mi vida pasará en calma:
tranquilo el pecho y el alma...
¡Verá usté cuánto la adoro!

SOFIA. (*Aparte.*) ¡Qué tormento!

CARLOS. ¡Y yo perdia
dicha tan pura y completa,
¿por quién? por una coqueta
que de mi amor se reia!
Ciego para su desprecio,
yo la adoraba rendido...
Sofía me ha convencido
de que estaba haciendo el necio.

ISABEL. (*Ap. á Sofía.*)
¡Muy bien!

SOFIA. (*Ap. á Isabel.*) ¡Cuánto sufro!

CARLOS. En fin,
con mi ventura hago extremos...

ISABEL. ¿Quiere usted que de esto hablemos
paseando en el jardin?

CARLOS. ¿Por qué no? En cualquier lugar...
(*Se dirige con Isabel hácia la puerta; pero se detiene al ver que Sofía permanece sentada.*)
Pero ¿y Sofía? ¿no viene?

ISABEL. Está algo mala.

CARLOS. (*Acercándose vivamente á Sofía.*)
¿Qué tiene?

ISABEL. (*Desde el foro.*)
Necesita descansar.

CARLOS. (*Bajo á Sofía.*)
¡Sofía!

ISABEL. Iremos los dos.

CARLOS. (*Bajo á Sofía.*)
¡Ese llanto!... ¿Me engañé?...

SOFÍA. (*Vivamente á Cárlos.*)
Cárlos, no se case usté...

Y que me perdone Dios.

CARLOS. (*Con alegría.*)
¡Ah!
(*Cárlos, obedeciendo á una seña de Sofía, se reprime, y reuniéndose con Isabel que se iba acercando á ellos, se van por el fondo. Pausa.*)

SOFIA. (*Sola*) ¿Qué hice? ¡Desventurada!
¿Tan frágil era el cimiento
de mi virtud? Há un momento
yo era una mujer honrada...
y ya, mi teson rendido
por este funesto amor...
(*Mirando á la derecha y estremeciéndose.*)
¡Fernando! Me da rubor
la vista de mi marido.
(*Se vá precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA VI.

FERNANDO. GASPAR.

GASPAR. ¡Nada! Está determinado:
quiero morir ó matar.

FERNAN. Pero, querido Gaspar,
estás loco rematado.

GASPAR. ¡Oh sentina de traiciones!
¡Oh mujer, mujer, mujer!

FERNAN. Pero, si no puede ser.
Repito que ves visiones.

GASPAR. ¡Yo, que era azúcar y miel
para sus caprichos todos,
que la amaba de mil modos,
que siempre la he sido fiel!...
¡Yo, que he sabido extinguir
de mis pasiones la savia,
para que ella en pago ¡oh rabia!
me convierta en un!....

FERNAN. Reir
me harás al fin.

GASPAR. ¿Por qué no?
Esa risa maliciosa

siempre persigue y acosa
á maridos... como yo.
Risa fatal, que en un tris
pone al hombre mas pacato...
No hay mas remedio: hoy me mato
con ese chisgaravis.

FERNAN. Pero, hombre, ¡qué desatino!...

GASPAR. Lo dicho: yo he de batirme.
Dí al fin si quieres servirme
en el lance de padrino.

FERNAN. Tu empeño en vano me asedia;
pues, aunque no fuera errada
tu necia sospecha, nada
el escándalo remedia.
La prudencia debe ser
la que en tal caso nos rija
y tan gran daño corrija.
—Mas yo no puedo creer
á mi prima tan liviana...

GASPAR. (*Que ha estado mirando por la ventana.*)
¿No? Tu ceguedad me admira.
¡Mira, hombre obcecado, mira,
mira por esa ventana!

FERNAN. Son ellos.

GASPAR. ¡Y en el jardin!

FERNAN. ¡Y hablan con mucho calor!

GASPAR. (*Furioso.*)
¿Lo ves? ¡me alegro! ¡mejor!
¿Te convencerás al fin?
¿Dirás que sueño, verdugo?

FERNAN. ¡Y qué animados están!

GASPAR. Parecen dama y galan
de un drama de Víctor Hugo.
¡Hombre vil! ¡Mujer taimada!
Terrible será la pena.
Desde aquí os juzga y condena
mi vengadora mirada.
Quiero matarle al momento.
Ven, sígueme...

FRRNAN. ¡Eh! poco á poco;
que tú estás loco, y un loco
hará, si le escuchan, ciento.

GASPAR. ¿Aun dudas?

FERNAN. Sí, aunque me inquiete
algo que en ellos advierto.

Pero aquí vienen : lo cierto
nos dirá ese gabinete.
GASPAR. Medio gastado y mohoso.
¡Escuchar tras de una puerta!
FERNAN. Siempre que la encuentre abierta ,
la aprovechará un celoso.
Ya que de ese mal padeces...
GASPAR. ¿Y me negarás despues?..
FERNAN. Entra : verás como es
mas el ruido que las nueces.
(*Entranse en el gabinete.*)

ESCENA VII.

CARLOS é ISABEL.

CARLOS. Ya Sofia no está aquí.
ISABEL. Siento que se haya marchado :
le hubiera á usted condenado.
CARLOS. ¡Paciencia! yo soy así.
ISABEL. ¿Hay hombre mas informal?
CARLOS. El dote me deslumbró ;
pero el aire libre heló
mi entusiasmo conyugal.
No hay ya razon ni dinero
que me arranquen de mi tema.
Vuelvo á mi antiguo sistema ,
y juro vivir soltero.
ISABEL. Eso no explica bastante...
CARLOS. Quizá otra razon me asista.
ISABEL. ¿Y cuál es?
CARLOS. Salta á la vista.
Mi natural inconstante
ISABEL. ¿Qué dirá usté , si yo atino
con otra ménos vulgar?
CARLOS. Será mucho adivinar.
ISABEL. Algo tengo de adivino.
CARLOS. Cuando á mí no se me alcanza ..
ISABEL. Ahí verá usté.
CARLOS. ¿Es la razon?...
ISABEL. Que de su antigua pasion
aun no ha muerto la esperanza.
CARLOS. ¡Ja, ja! ¡donosa manía!

Bien puedo jurar á usté...
ISABEL. Ya. Tambien adiviné
que usté me lo negaria.
CARLOS. Está usted en un error,
y por cierto bien extraño,
me ha curado un desengaño,
que es el remedio mejor
ISABEL. Pero ántes fué usted querido.
CARLOS. Creí en sus palabras necio.
ISABEL. Mas del reciente desprecio...
CARLOS. Me vengo con el olvido.
ISABEL. Si con tal filosofia
no me quiere usté engañar,
bien hace usté en no esperar
en el amor de Sofia.
CARLOS. (*Sorprendido.*)
¡Usted sabe!...
ISABEL. Nada ignoro;
y es inútil añadir
que yo siempre he de impedir
cuanto ofenda á su decoro.
CARLOS. Excusadas prevenciones,
ahora que ya indiferente
ni inspira amor, ni lo siente.
ISABEL. Dejemos vanas razones.
Cuando salimos de aquí,
habló usted bajo á Sofía:
¿qué le respondió?
CARLOS. A fe mia...
ISABEL. Por desgracia nada oí;
pero es cosa averiguada,
sin que el negármelo baste,
que su respuesta dió al traste
con la boda proyectada.
¿Me he equivocado?
CARLOS. En verdad,
ni aun comprendo á usted.
ISABEL. Lo siento.
CARLOS. Mi falta de entendimiento...
ISABEL. Es falta de voluntad.
Tal vez yo dé con el testo.
Diria... ¿á ver?.. «Si he fingido
»indiferencia, he mentido...
»No se case usted.» ¿No es esto?
CARLOS. Puede usted, si es que le agrada,

dar esa interpretacion...
ISABEL. Eso ¿es una confesion?
CARLOS. (*Levantándose.*)
Esto es una retirada.
ISABEL. Que me deja vencedora.
CARLOS. Como usted guste.
ISABEL. Es notorio.
CARLOS. Basta de interrogatorio.
A los piés de usted, señora. (*Se va por el foro.*)

ESCENA VIII.

FERNANDO. GASPAR.–ISABEL.

GASPAR. (*Abriendo la puerta.*)
Ya se fué. Salgamos.
ISABEL. (*Volviendo la cabeza*) ¿Quién?..
¿Fernando aquí? ¡Santos cielos!
FERNAN. (*Sonriendo.*)
Yo mismo, querida prima.
GASPAR. (*Queriendo abrazar á Isabel.*)
Y yo que á tus brazos vuelo
y á tus plantas ..
ISABEL. ¡Eh' ya basta.
GASPAR. ¡Ay' ¡se me ha quitado un peso!..
ISABEL. ¿Habeis oido?
FERNAN. Sí, todo.
ISABEL. ¡Dios mio! (*Vivamente.*) Mas tus recelos
debes calmar, pues Sofía
responde con el desprecio...
FERNAN. Prima, repito que todo
lo oí, y todo lo comprendo.
ISABEL. ¡Infeliz!
GASPAR. ¡Pobre muchacho!
¡Y yo que me pavoneo!...
ISABEL. ¡Oh! esa calma, esa sonrisa,
Fernando, me causan miedo.
FERNAN. ¿Y por qué? Yo estoy tranquilo.
GASPAR. (*Con gravedad cómica.*)
No te olvides de mi ejemplo.
La prudencia en tales casos
es el único remedio...
FERNAN. Gracias, Gaspar; pero yo

no necesito el consejo.
Aun la virtud en Sofía
conserva su noble esfuerzo:
lucha; pero vencerá
si yo mi mano la tiendo.
Por su resistencia es digna,
no de castigo, de premio.
Quien diga otra cosa, miente.

GASPAR. Bien: no riñamos por eso.
(*Ap.*) ¡Cáspita! es un gran filósofo.

FERNAN. (*Pensativo.*)
En cuanto á Cárlos... ¡Oh! ¡siendo
mi amigo!.. Pero hace al fin
lo que todos los solteros.

GASPAR. Trátale sin compasion,
ponle en la calle al momento.

FERNAN. No: mejor es que él se vaya
y reconozca su yerro.

GASPAR. ¡Cómo! ¿quieres?...

FERNAN. Humillarle,
confundirle bajo el peso...
En fin, yo tengo mi plan.
Mas es fuerza, lo primero,
que Sofía ignore...

ISABEL. Nada
sabrá, yo te lo prometo.

FERNAN. Necesito hablarla: ¿quieres, (*A Isabel.*)
decirla que aquí la espero?

ISABEL. Voy.

GASPAR. Espérame, querida;
que tambien los dos tenemos
que hablar.

FERNAN. Es justo, y de cosas
mas gratas.

GASPAR. Gracias al cielo.
(*A su mujer en el foro, señalando á Fernando.*)
¡Qué calma! ¡qué sangre fria
en tan terrible momento!

ISABEL. Aprende tú.

GASPAR. Vamos, es
un filósofo completo.
(*Vanse Isabel y Gaspar.*)

ESCENA IX.

FERNANDO.

¡Oh! ya estoy solo.... ya puede
salir al rostro el tormento
que me despedaza el alma,
que me consume aquí dentro.
¡Sofía!... no por mi honor,
por tí estas lágrimas vierto.
Mi honor, yo le salvaré:
es tambien tuyo; es el nuestro....
el nuestro, sí, única prenda
que ya entre los dos tenemos.
Pero... ¿y su amor? ¡Insensato!
le he perdido sin remedio!
Terrible golpe, terrible!...
¡Adios, ventura! ¡A dios, sueños
dulcísimos, que me dabais
en mis trabajos aliento!
Por ella, por ella solo
redoblaba mis esfuerzos:
y el ardor de mis vigilias,
y mis continuos desvelos,
con verla feliz quedaban
pagados y satisfechos.
Sí, yo arrancaré la vida
al que tanto mal me ha hecho.
Mas... su vida miserable
¿qué me importa? Lo que anhelo
es ese amor que me roba,
que es mi existencia, mi aliento...
¡Oh! sí, y se le arrancaré.
Lo necesito, lo quiero.
¡Ea, valor!... ¿Por qué un marido,
á falsas leyes sujeto,
ó ha de sufrir resignado
ó ha de ensangrentar sus celos?
¡Vanas quimeras del mundo!
¿No es mi rival? pues luchemos,
Sí, sí, cada vez me inspira
mas confianza mi proyecto.

O yo con mis beneficios
confundo su atrevimiento,
ó bajamente cobarde
me ofende y disfruta de ellos;
y en tal caso, ¡que Sofía
compare!... ¡Oh! sí, nada temo.
Si aun la virtud arde en ella,
si aun conserva sus reflejos,
volverá á amarme.... no hay duda.
Aquí está... voy á saberlo

ESCENA X.

SOFIA. — FERNANDO.

SOFIA. ¿Me llamabas?
FERNAN. Si, querida.
Voy á partir al momento.
Supongo que habrás cuidado
de que todo esté dispuesto.
SOFIA. Sí... la maleta.. ya di
mis órdenes.
FERNAN. No hablo de eso.
Tal vez me quede esta noche
en Madrid.... en fin, veremos.
Los primos tendrán corrientes
las dos alcobas del centro.
En cuanto á Cárlos ...
SOFIA. (*Aparte.*) ¡Qué escucho!
FERNAN. (*Aparte.*) Se turba. (*Alto.*) Le alojaremos
en el piso alto.
SOFIA. (*Turbada.*) Imposible.
FERNAN. ¿Y por qué? ¿pues no tenemos
allí una alcoba vacante?
SOFIA. (*Idem.*) Sí; mas un jóven soltero...
estando tú ausente.. no
está bien visto....
FERNAN. Durmiendo
aquí los otros...
SOFIA. Con todo:
no te empeñes...
FERNAN. Sí me empeño.
Es mi amigo, y por lo mismo

parece que te has propuesto
contrariarme... y ya es manía...
SOFIA. Será lo que quieras; pero
que no duerma aquí esta noche:
te lo suplico.... lo quiero.
FERNAN. (*Aparte con alegría.*)
¡Le teme! aun puedo salvarla.
(*Alto.*) Vaya, no te irrites, bueno.
La posada es excelente;
y por una noche....

ESCENA XI.

CARLOS. — SOFIA. FERNANDO.

SOFIA. (*Aparte, viendo á Cárlos.*) ¡Cielos!
CARLOS. (*Aparte, deteniéndose en la puerta al ver á Fernando.*)
¡Con su marido!
FERNAN. ¡Hola, Cárlos!
Entre usted, querido Tengo
que ir á Madrid esta tarde;
pero en cambio pasaremos
mañana juntos el dia
como amigos verdaderos
CARLOS. Con mucho gusto.
FERNAN. La noche
será algo mala: no hay medio
de alojarle á usted aquí.
Estas casas de los pueblos...
tan mal dispuestas!
CARLOS. ¿Qué importa?
En la posada...
FERNAN. Lo siento,
porque le aprecio á usted mucho. (*Le da la mano.*)
SOFIA. (*Aparte.*) ¡Oh! por los dos me avergüenzo.
FERNAN. (*A Sofía.*) ¿Dónde vas?
SOFIA. Por si algo falta...
FERNAN. Bien. Yo te sigo al momento. (*Váse Sofía.*)

ESCENA XII.

FERNANDO. CARLOS.

FERNAN. La posada es muy decente;
pero con todo, yo siento
que no haya aquí un aposento...
CARLOS. Así está perfectamente.
FERNAN. Bien pobre hospitalidad
es la que darle consigo;
mas ya sabe usted, amigo,
que es grande mi voluntad...
Y que así y de cualquier modo
siempre á servirle me ofrezco.
CARLOS. (*Confuso.*)
Mil gracias... Yo no merezco...
FERNAN. Usted lo merece todo.
El trato me ha descubierto
en usté un jóven cabal,
amigo franco, leal....
¿No es así?
CARLOS. Sin duda... cierto.
FERNAN. Usté hace en fin que yo ame
de la amistad los encantos,
hoy que en la boca de tantos
es una mentira infame;
y que irresistible sienta
algo en mí que me convida
á descubrirle la herida
de un pesar que me atormenta.
CARLOS. ¿Usté un pesar?
FERNAN. (*Suspirando.*) Y profundo.
Mi alegría es un engaño,
que nada tiene de extraño.
¿Quién no finge en este mundo?
Yo, mas que nadie, ocultar
necesito mi tormento,
pues de este dolor que siento
se suele el mundo burlar;
y su risa maliciosa
persigue al pobre marido,
que pena porque ha perdido

el cariño de su esposa.

CARLOS. ¡Cómo! ¿Cree usted que Sofía?...

FERNAN. A usted solo me confio.
Sí, su corazon del mio
se aleja mas cada dia....

CARLOS. ¿Se aleja?

FERNAN. Y la causa ignoro.

CARLOS. (*Con timidez.*)
¿Sospecha usted si otro amor?...

FERNAN. Sofía nunca á mi honor
faltará, ni á su decoro.
Mas verla ménos amante
¿no es ya sobrado martirio?

CARLOS. ¿Usted la ama?

FERNAN. Con delirio;
como en el primer instante;
más aún; que hoy mi pasion
es de mi vida el anhelo.
Por ella trabajo y velo,
por ella tengo ambicion;
en ella el valor se encierra
que me sostuvo hasta aquí:
Si ella se aparta de mí,
todo me sobra en la tierra.

CARLOS. Quizá usted (*Aparte* ¿Qué le diré?)
está sin causa creyendo....

FERNAN. ¡Ah! no: su amor voy perdiendo.
¡Si yo supiera por qué!...
Solo un medio se me alcanza:
por eso á usted me confio:
tiene usted, amigo mio,
en sus manos mi esperanza.

CARLOS. ¡Yo¡ ¿cómo?

FERNAN. Sí, (*Aparte.* (la verdad
así averiguar podré.)
Sofía le aprecia á usté:
conquiste su intimidad.
Si es que en algo la ofendí...
— es orgullosa; y yo infiero
que se lo dirá primero
á un amigo que no á mí.

CARLOS. Permita usted que me asombre;
mas tan grave compromiso...

FERNAN. Lo reclamo, si es preciso,
de la amistad en el nombre.

Para un alma bien nacida
jamás este nombre es vano.
En fin tiene usté en su mano
mi felicidad, mi vida.

CARLOS. Pero...

FERNAN. (*Mirando el reló.*) Es hora de salir,
querido. Ya entre los dos
nada hay reservado. Adios.
(*Aparte.*)
Puedo sin temor partir. (*Váse.*)

ESCENA XIII.

CARLOS.

¡Angustiosa situacion!
Sofía es su amor, su bien....
Pero yo la amo tambien,
y no cede mi pasion.
El amor no escucha nada:
no hay para él amigo, hermano..
Mas... ¿cómo estrechar su mano?
¿cómo arrostrar su mirada?
¡Mentir siempre y engañar
al que noble en mí confia!...
¡Oh! ¡qué idea! El alma mia
no la puede soportar.
Hoy me indigna tal vileza;
mas que aceptarla tendré,
y al fin me acostumbraré
á tan cobarde bajeza...
¡Nunca!... no. Tan torpe dolo
repugna á un hombre de honor.
Ya no le queda á mi amor
mas que un recurso... uno solo.
Si á seguirme se resigna
Sofía... Sí: estoy resuelto.

ESCENA XIV

GASPAR.—CARLOS.

GASPAR. (*Aparte.*)
Aqui está: ya no le suelto,
cumplamos con la consigna.
CARLOS. (*Ap. cogiendo el sombrero.*)
Este importuno me acosa.
GASPAR. ¡Oh! ¿aquí está usted, amiguito?
Daremos un paseito:
la tarde está deliciosa.
CARLOS. Mil gracias: perdone usté.
Estoy rendido, deshecho.
(*Se sienta maquinalmente junto á la mesa de juego.*)
GASPAR. (*Sentándose al otro lado de la mesa.*)
¡Ya!... usted prefiere.. bien hecho,
una mano de *ecarté.*
(*Dándole cartas.*)
Este juego es mis amores.
CARLOS. (*Levántandose sin hacerle caso.*)
¿Y Fernando?
GASPAR. (*Levantándose tambien, con las cartas en la mano.*)
Se ha marchado,
dejándome encomendado
que le haga á usted los honores.
Ya ve usted: soy responsable,
si obsequiarle no consigo.
CARLOS. (*Bruscamente.*)
Perderá usté el tiempo, amigo:
tengo un humor detestable.
(*Se pasea por la escena.*)
GASPAR. (*Siguiéndole.*)
¡Oh! para tales momentos...
CARLOS. (*Aparte.*)
¿Qué haré para que se aleje?
GASPAR. La amistad...
CARLOS. (*Con impaciencia.*) Sin cumplimientos.
Mejor es que usted me deje.

GASPAR. Eso no: yo en ciertos puntos
soy...
CARLOS. (*Exasperado.*) ¡Un posma sempiterno!
GASPAR. ¿A dónde va usté?
CARLOS. (*Desde la puerta.*) ¡Al infierno!
GASPAR. (*Corriendo tras él.*)
Aguarde usté: iremos juntos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Es de noche.

ESCENA I.

SOFIA, *de pié.* GASPAR. CARLOS. ISABEL, *sentada en el sofá.*

GASPAR. Soberbiamente he comido.
ISABEL. Como siempre.
GASPAR. No.
ISABEL. Sí tal.
GASPAR. Pues ¿hay hombre mas frugal?
Mi comer es comedido.
ISABEL. ¿Quién lo duda?
GASPAR. Ya se ve:
lo que es hoy, sí, lo confieso,
ha habido un poco de exceso;
pero en tomando café...
SOFIA. Ten esa taza. (*Alargándole una.*)
GASPAR. (*Tomándola.*) Agradezco,
amable prima, el favor.
¡Oh soberano licor!
(*A Cárlos.*)
Perdone usted: no le ofrezco...
SOFIA. Tiene aquí. (*Dando otra taza á Cárlos.*)
CARLOS. (*Tomándola.*) Gracias, señora.
GASPAR. (*Aparte.*) ¡Qué satisfechos están!
Pensará este perillan
que su secreto se ignora.
(*Alto.*) ¡Pues, señor, bravo! Fumemos.
(*Ofreciendo un cigarro á Cárlos.*)

¿Gusta usted?
CARLOS. Aun no.
GASPAR. ¿Por qué?
¿Para cuando deja usté?...
CARLOS. (*Displicente.*)
¡Que no!
GASPAR. Bien: no regañemos.
CARLOS. (*Ap. á Sofía.*)
¿No hemos de hablar?...
SOFIA. (*Ap. á Cárlos.*) Imposible.
ISABEL. (*Ap. á Gaspar.*)
Quisiera á solas con ella...
GASPAR. Bien: entiendo. (*Lo mismo á Isabel.*)
(*Yéndose hácia la ventana.*)
Está muy bella
la noche, muy apacible.
(*Volviendo al proscenio.*)
Carlitos, por el desaire
merece usted un castigo.
CARLOS. ¿Cuál?
GASPAR. El venirse conmigo...
CARLOS. Pena es.
GASPAR. A tomar el aire.
CARLOS. ¡Buena ocurrencia! Y ¿qué fin?..
GASPAR. ¡Toma! ¿Qué fin? Pasear,
distraernos y gozar
la frescura del jardin.
CARLOS. Gracias.
GASPAR. Ya que usted no quiso
que al infierno le siguiese,
déjeme llevarle á ese
verjel, que es un paraiso.
CARLOS. La luna se va á cubrir.
GASPAR. La calle que va á la arqueta
del estanque es bien escueta:
por allí podemos ir.
CARLOS. Sí; pero si no me engaño,
no tiene el arca brocal,
y es cosa que sienta mal
darse sin querer un baño.
GASPAR. ¡Cá!
CARLOS. Yo descansar prefiero.
GASPAR. Estará dura la almohada.
Al fin cama de posada...
CARLOS. (*Aparte.* ¡Maldito hablador!) Espero

que no.

GASPAR. ¿Tampoco propicio
se muestra usted?... (*Aparte.* ¡Qué humor tiene!)
Hombre, si á usted le conviene
un poquito de ejercicio.

CARLOS. Mañana, sí.

GASPAR. ¡Vamos: ea!

CARLOS. Don Gaspar, es fuerte empeño...

GASPAR. Y me ocurre.. ¡Oh halagüeño
proyecto, sublime idea!
Nos columpiaremos, sí:
¡ah! columpiarse á la luna,
es mucha...

CARLOS. Mucha tontuna.

GASPAR. Pues yo no salgo de aquí
sin usted.

CARLOS. (*Colérico.*) Pues yo...

ISABEL. ¡Silencio!
¡Mover un pleito por nada!

GASPAR. Sentencia tú.

ISABEL. Interesada
soy.

GASPAR. No importa.

ISABEL. Pues sentencio
por crímen de rebeldía
á Cárlos...

CARLOS. ¿A qué?

GASPAR. Isabel,
no tengas lástima de él.

ISABEL. A que te haga compañía.

GASPAR. ¿Vé usted?

CARLOS. (*A Isabel con intencion.*)
El aviso aprecio.
No estorbaré. (*Dirigiéndose á la puerta.*)

GASPAR. (*A ellas.*) Adios.
(*Ofreciendo á Cárlos el brazo.*)
Suplico...
(*Aparte.*) Yo he de aburrir á este chico.

CARLOS. (*Rechazándole, y sáliendo tambien.*)
(*Aparte.*) Yo voy á ahogar á este necio.
(*Vánse los dos.*)

ESCENA II.

SOFIA. ISABEL.

ISABEL. Sofía...
SOFIA. Isabel...
ISABEL. ¿Tú sabes
que Cárlos se vuelve atras,
y ni pensar quiere mas
en boda?
SOFIA. Motivos graves
tendrá, sin duda.
ISABEL. Sí á fe.
Pero ¿no te ha dicho?...
SOFIA. ¿Cuándo?
Desde que partió Fernando,
yo de tí no me aparté.
ISABEL. ¿Y no te dijo ántes nada?
SOFIA. Á mí... no.
ISABEL. ¿Ni le dijiste?
SOFIA. No.
ISABEL. ¿Con que no?
SOFIA. Tú lo viste.
ISABEL. ¡Ay! veo, desventurada,
veo la fatal pendiente
que á tu ruina te acelera.
¡Sofía, á la compañera
de su niñez, ya le miente!
SOFIA. ¡Yo!
ISABEL. Para que el sí mudase
Cárlos al punto en el no,
es claro que álguien debió
prohibirle que se case.
SOFIA Pero ...
ISABEL. Reserva y ardid
conmigo ensayando vas;
mañana los usarás
con el que marchó á Madrid.
SOFIA. No mas tormento me dés,
cuando el pecho me devora
mi dolor.
ISABEL. Si esto es ahora,

¿qué será de tí despues?
SOFIA. ¿No puede el amor trocar
en delicia mi dolor?
ISABEL. Solo da dicha el amor
que se puede confesar:
si á guardarle nos obliga
preso cual víbora ingrata,
que á un descuido muerde y mata
al mísero que le abriga;
de tal amor, es demencia
esperar mas que sonrojos
y angustias, llanto en los ojos
y amargura en la conciencia.
Yo lo sé.
SOFIA. ¡Qué! ¿Tú esta lucha
probaste que me quebranta?
ISABEL. No fué con violencia tanta;
pero sin embargo... Escucha.
SOFIA. Dí.
ISABEL. Llamado por Gaspar,
un muchacho, su sobrino,
de allá de Manila vino
á nuestra casa á parar.
Gaspar, que con tal exceso
teme que á su fe me roben,
creyó que el dichoso jóven
no era de carne y de hueso.
Con él entraba y salia
yo, y él me miraba extático:
en fin, el sobrino asiático
se enamoró de su tia.
SOFIA. ¿Y tú, Isabel?
ISABEL. Lo que es yo
á tiempo advertí con susto
que le hablaba muy á gusto,
cuando á mi marido no.
Y él, el bendito varon,
exclamaba cada instante:
«¡Magnífico vigilante
hice venir de Luzon!
El es todo un buen pariente,
y tú no le puedes ver:
por eso le has de tener
de guardian eternamente.»
Tantas veces repitió

la cansada letanía,
que ya, de vergüenza, un dia
la paciencia me faltó,
y prorumpí: «No es el tal
niño lo que tú imaginas:
vuélvemele á Filipinas,
que en Madrid se porta mal.»

SOFIA. ¡Tal dijiste!

ISABEL. Yo irrité
la celosa condicion
de Gaspar: con ocasion
semejante, cuanto ve
le amedrenta; pero mil
veces mas quise venderme,
que engañarle y conocerme
cónyuge pérfida y vil.
Aprende, Sofía, y piensa
que aunque afortunado el vicio
se libre de otro suplicio,
para este nunca hay defensa:
y segun reconocí,
prima, jurarte no dudo
que el tormento mas agudo
es despreciarse uno á sí.

ESCENA III.

CARLOS, *que llega apresurado.*—SOFIA. ISABEL.

CARLOS. ¡Isabel!

ISABEL. ¿Quién?... (*Aparte.*) ¡Qué pesado!

SOFIA. (*Aparte.*) ¡Cárlos! ¡A qué tiempo llega!

CARLOS. Su esposo de usted me ruega....

ISABEL. Estése usted á su lado,
y entreténgale, por Dios.

CARLOS. Es que....

ISABEL. No importa....

CARLOS. Es que ahora..

ISABEL. Bien...

CARLOS. Pero...

ISABEL. Si usted....

CARLOS. Señora,
hablando á un tiempo los dos,
¿cómo entendernos?

ISABEL. En fin...

ARLOS. En fin, oiga usted: su esposo,
que cual niño bullicioso
triscaba por el jardin,
se aproximó en un arranque
de buen humor....
ABEL. ¿Se ha caido?
ARLOS. Es igual: se ha zambullido
en la arqueta del estanque.
SABEL. ¡Cómo! ¿Y está?...
ARLOS. Hecho una sopa.
SABEL. ¿Ha perdido la chabeta?
ARLOS. El quiere abrir la maleta
para mudarse de ropa.
SABEL. ¡Ah! la llave.... Al punto vuelvo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

SOFIA. CARLOS.

CARLOS. ¡Gracias á Dios! ¡Y aun queria
que le hiciese compañía!
OFIA. (*Aparte.*) Vacilo, y nada resuelvo.
CARLOS. (*Aparte.*) Triste está.
OFIA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Sofía!
¡Usted llorosa! ¿Qué miro?
¿Qué es esto que llego á ver?
OFIA. Que no sé cómo respiro
ya, porque en este retiro
todos me hacen padecer.
Ya adivinan lo que hablamos,
ya saben que nos amamos,
ya lo llegan á decir:
es preciso que mintamos,
y yo no acierto á mentir.
CARLOS. ¡Oh halagüeña simpatía,
que descubro con encanto!
En busca yo de Sofía,
únicamente venia
para decirle otro tanto.
Mal disimulada está
nuestra pasion por nosotros,
y en cara nos la echan ya:
Fernando por sí ó por otros
á entenderla llegará.

Él, bajo la fe de amigo,
declarándose conmigo,
de usted me dió quejas hoy.

SOFIA. ¿Él de mí? ¡Perdida soy!

CARLOS. Despues de esto, ¿cómo sigo
á su lado, recibiendo
su confianza fatal?
Engaño tan criminal
mas justo hará y mas tremendo
el encono de un rival.
No me asusta su venganza:
soy libre y tengo valor;
pero á usted en su furor,
á usted su poder alcanza:
por usted es mi temor.
Usted, sin que yo lo impida,
la fama tiene vendida,
en riesgo la libertad,
la vida, que es de mi vida
inseparable mitad.

SOFIA. ¡Fama! ¡vida!...

CARLOS. Y me sonrojo
de tener á cada instante
que forzar lengua y semblante
á fingir; el franco arrojo
le está mejor á un amante.
Grave riesgo nos acosa;
cualquier dilacion nos daña:
es ya la ocasion forzosa
de huir de Villaviciosa
y despedirnos de España.

SOFIA. ¡La fuga!... Cárlos, ¡piedad!...
¿Qué será del desgraciado
que fió de su amistad?

CARLOS. ¿Y si usted queda á su lado,
y averigua la verdad?

SOFIA. ¡Ay! no.

CARLOS. En remotos extremos
un asilo encontraremos,
y en él sosiego profundo.

SOFIA. Con nosotros llevaremos
la reprobacion del mundo.

CARLOS. Ella el vínculo será
que para siempre unirá
la suerte de usted y mia:

sola en el mundo Sofía,
de mí necesitará.

FIA. Pero, si yo me aventuro.
si mancho mi nombre puro,
si á la ignominia desciendo,
¿valdrá nuestro bien futuro
lo que el mal que estoy sintiendo?

ARLOS. Injusta cavilacion,
que oigo con pena, y rechazo
con amante indignacion!
Diga sin tregua ni plazo
si es mio ese corazon.

OFIA. ¡Ingrato! ¡Ingrato!

ARLOS. ¡Usted ama,
y en huir no condesciende!

OFIA. Amor los brazos me tiende;
pero esta mansion me llama
con voces que usted no entiende.

ARLOS. En tribunal de un tirano
se ha de venir á trocar;
mientras en pais lejano
para usted mi amante mano
labrara templo y altar.
Elegir es menester
entre el que anubla esos ojos
con llanto de padecer,
y yo que en tiernos despojos
les rindo mi aliento y ser
O Fernando ó Cárlos.

OFIA. Pida
usted si quiere, mi vida:
la daré sin dilacion;
pero esa fatal partida....

CARLOS. Será nuestra salvacion.

SOFIA. Me mata el permanecer,
Cárlos; me mata el partir:
quiero acabar de vivir;
pero no puedo escoger
la manera de morir.

CARLOS. Usted rehusa... ¡llorando!

SOFIA. ¡No, no lloro, no! Por Dios...

CARLOS. Yo ya no obedezco; mando.
Aquí volveré á las dos...
y partiremos.

SOFIA. (*Mirando á la puerta.*) ¡Fernando!

ESCENA V.

FERNANDO, *con un legajo de papeles debajo del brazo* —SOFIA. CARLOS.

FERNAN. El mismo. —Aquí estoy de vuelta.
(*Aparte.*) Llegó el trance.
CARLOS. (*Aparte.*) ¡Hado cruel!
FERNAN. ¡Cárlos! ¡Sofía! Me alegro
de hallaros. Al fin logré
la ocasion. — He andado listo...
SOFIA. (*Aparte*) ¡Cielos!
FERNAN. Y ya cayó el pez.
SOFIA. (*Aparte.*) ¡Ay de mí!
CARLOS. Y bien...
FERNAN. (*Ap. Observándolos.*)
¡Qué semblantes!
(*A Sofia, dándole una cajita.*)
Mas tú la primera... Ten...
SOFIA. (*Sobresaltada.*)
¡Ah!
FERNAN. Para tí un aderezo
de brillantes.... para usted,
(*Entregando á Cárlos un papel.*)
un destino: á eso aludia
lo que dije cuando entré.
El pez es una placita
con sueldo de veintiseis.
CARLOS. (*Despues de leer el papel.*)
(*Aparte.* Me protege cuando...) Gracias;
pero...
FERNAN. Vamos; pero ¿qué?
CARLOS. Me es imposible aceptar.
FERNAN. ¿Imposible? ¿Qué ha de ser?
Es muy fácil.
CARLOS. Yo... mi padre
quizá ..
FERNAN. Padre dirá amén;
y si no, con cuatro letras
que yo le escriba...
CARLOS. Tendré
que declarar sin rebozo
el inconveniente...

ERNAN. A ver...
ASPAR. Usted lo sabe.
ERNAN. ¿Yo?... ¡Calla!
¿Lo de los amores, eh?
ARLOS. Sí, señor.
ERNAN. ¡Pues es motivo!
ARLOS. No le hay de mas interés
para mí.
ERNAN. Hombre, la oficina
deja horas en que atender
al amor; el caso debe
pensarse con madurez.
ARLOS. Todo lo he pensado ya:
cedo á la imperiosa ley
de amor, y me voy de España
para... para no volver.
ERNAN. ¿Ella lo exige?
FIA. (*Aparte.*) ¡Dios mio!
ARLOS. Ella me ama...
ERNAN. Ya lo sé.
ARLOS. Y debe seguir mi suerte.
FIA. (*Aparte.*) ¡Cielos!
ERNAN. ¡Ella huye!... —Pardiez
que ese triunfo no parece
de enamorado novel.
ARLOS. Yo soy...
ERNAN. Un loco de atar.
¡Ahí es una pequeñez!
¡Llenar de infamia á una pobre
señora! .. Yo no sé quién
será; sin embargo, apuesto,
seguro de no perder,
á que vale, aun ahora mismo,
veinte veces mas que usted.
FIA. (*Aparte.*) ¡Ay! ¡Me mata!
ARLOS. Yo no niego...
ERNAN. Pasajera languidez
de alma y cuerpo, ociosidad,
capricho y melindres, hé
aquí los cuatro elementos
que vendrán á componer
lo que ella juzga pasion
por sobra de candidez.
Se imaginará olvidada
de su marido, porque

no la tratará el cuitado
como en la luna de miel.
Y él quizá la quiera mucho;
pero si ella da en creer
lo contrario... mal va el pleito
si está sobornado el juez.

SOFIA. (*Aparte.*) Por mí lo dice; no hay duda.

FERNAN. ¡Oh! ¡Si un espejo tan fiel
como lo hay para el semblante,
para el alma hubiese! Cien
engaños allí saldrian
en toda su desnudez.—
De improvisados amantes
viérase entonces la fe...
y el alma de algun esposo
mostrárase allí tambien.

SOFIA. (*Aparte.*) ¡Qué tormento!

CARLOS En fin...

FERNAN. En fin,
yo no debo defender
á un hombre, que no hace nada
para excusarse un reves.
Por ustedes me intereso,
por usted y esa mujer,
que poseidos ahora
de frenética embriaguez,
no saben ni se figuran
lo que les va á suceder.

CARLOS. Viviendo juntos entrambos...

FERNAN. ¿Y el dia que os separeis?

CARLOS. Nunca llegará ese dia.

FERNAN. ¿No ha de llegar la vejez?
¿no ha de alcanzaros el tedio?
¿no han de haceros entender
la conciencia y la razon
sus voces alguna vez?
La desgracia, que no guarda
respeto al hombre de bien,
¿retirará del culpado
su cáliz de áspera hiel?
Y heridos del infortunio,
¿cómo dudar que exclameis:
« los cielos vengan al fin
» á la virtud que ultrajé? »

SOFIA. ¡Ah!

ARLOS. Ya es tarde...
ERNAN. Supongamos
(y es bastante suponer)
que usted y su incauta cómplice
favorecidos se ven
de la fortuna, y que viven
en paz un año, dos, tres.
Usted, sí señor, quizá
no tenga que apetecer;
lo que es ella, aun en la cumbre
del fausto y la esplendidez,
aun ha de anhelar allí
la joya de mas valer
para una dama, la estima
de las gentes de honradez,
el envidiable derecho
de poder decir quién es,
y asir en público un brazo
sin sentir fuego en la tez.
ARLOS. Eso...
ERNAN. Esto es ley natural,
Cárlos, y ántes ó despues
ha de cumplirse: y entónces,
por Dios, que será cruel
para esa infeliz, los ojos
á lo pasado volver,
acordándose del hombre,
hoy en ilegal viudez,
que un dia la entronizó
bajo el conyugal dosel,
de virginal azucena
ceñida la pura sien.
Otras atenciones, otro
concepto gozó con él;
pero aquello se acabó:
podrá, besándole el pié,
darle culto su galan;
darle honra, no. Debe pues
la triste, ó bien aceptar
con procaz intrepidez
su mengua, ó sufrir, sufrir
y callar.
ARLOS. No: yo sabré...
ERNAN. Si observa usted que suspira
por quien logró su primer

amor, ¿no se ofenderá
su juvenil altivez?
Tendrá usted envidia, celos:
principiarán el desden
y el disgusto, vendrán luego
las disputas en tropel,
los lloros; se irá acercando
con su escandaloso tren
el rompimiento; y al fin,
ella arrepentida, infiel
usted, ambos enemigos,
ambos con baja doblez
engañándose, otra fuga,
mas dolorosa que fué
la primera, deshará
la ya imposible estrechez.
Lazo que el delito anuda,
el odio le ha de romper.

SOFIA. (*Aparte.*)
¡Oh! ¡Qué horror!

FERNAN. Tal es en toda
su pompa y su brillantez
la suerte próxima y cierta
que se pueden prometer
usted y su dama... Pero
cuidado, que aun olvidé
lo mejor. Si tiene hijos
ella ya... ¡Dios de Israel!
¿Los echa ménos? Entónces
mucho llanto ha de verter.
¿No los llora? Entónces, Cárlos,
¿qué corazon será aquel?
Si usted la quiere de veras,
¡qué diantre! quiera su bien.
—Persuádele tú, Sofía;
enséñale su deber.
La elocuencia es en vosotras
mas eficaz. Salvalé
de ese abismo... Yo, por no
tardar, vengo sin comer:
con que así, voy... (*Conmovido.*) Adios, Cárlos:
¡adios por última vez!
(*Tomando el legajo de papeles y saliendo.*)
(*Aparte.*)
Señor, mi honra os encomiendo.

¿Qué mas he podido hacer?

ESCENA VI.

SOFIA, CARLOS.

RLOS. Sofía...
FIA. Don Cárlos, esto
se acabó.
RLOS. Queda acabado.
No quiero ser humillado
mas, y parto.
FIA. Presto, presto.
RLOS. Adios.
FIA. Para siempre.
RLOS. ¡Ah!
Sí.
FIA. Sí. ¡Qué culpables éramos!
RLOS. ¡Ojalá no nos hubiéramos
visto nunca!
FIA. ¡Ay! ¡Ojalá! (*Vàse Carlos.*)

ESCENA VII.

SOFIA.

Justo cielo, ¿en qué pensé
cuando á mi esposo y á Cárlos
tan bien presumí juzgarlos,
y tanto me equivoqué?
¿Cómo rehusé por dueño
yo con ceguedad siniestra
á quien tan alto se muestra
sobre quien es tan pequeño?
¡Fernando! ¡Ay! Rotas aquellas
antiguas, dulces lazadas,
¿cómo sufrir tus miradas,
y cómo vivir sin ellas?
¡Fernando! — ¡Oh rubor! ¡El es!

ESCENA VIII.

FERNANDO.—SOFIA.

FERNAN. (*Con gravedad.*)
¿Se fué?
SOFIA. ¡Para siempre!
FERNAN. Acaba...
¿Y la mujer de que hablaba?
SOFIA. ¡Ella se arroja á tus piés! (*Póstrase.*)
FERNAN. ¡A mis piés!
SOFIA. No con mi lloro
te muevas á compasion:
indigna soy de perdon;
castigo por gracia imploro.
FERNAN. ¡No, no! Enjuga esas mejillas.
Nada ante mí te avergüence.
La virtud que lucha y vence,
no debe estar de rodillas. (*Levántala.*)
SOFIA. ¡Ay!!!
FERNAN. Abrázame, bien mio. (*Abrázanse.*)
SOFIA. ¡Ay!
FERNAN. ¿Con qué derecho, dí,
podré quejarme de tí,
y tú no de mi desvío?
Quizá de mí nace el daño;
no apuremos la materia:
un mes anduviste séria,
y yo indiferente un año.
Metido allá en el belen
de mis negocios, creía
que mi esposa me querria
con ser solo hombre de bien;
mas no: veo que no es ripio
en un marido el que amante
sea, y celoso y galante,
como era yo en un principio.
Ya vuelvo á ser lo que fuí.
SOFIA. Yo vuelvo desde hoy á amar
como ántes...
FERNAN. A tu Pilar...
SOFIA. Y á tí sobre todo, á tí. (*Abrázanse.*)

ESCENA ÚLTIMA.

ISABEL. GASPAR. — *Dichos.*

EL. ¡Bueno! ¡Bien! ¡Viva!
IA. Isabel,
¡para todos resucito! (*Abrazándola.*)
EL. Me alegro, y te felicito...
PAR. ¿Ya se ha largado el doncel,
eh? ¡Voto á!...
NAN. Pues ¿qué querias?
PAR. Me echó el gran tuno en remojo...
NAN. ¡Hombre!
PAR. Pero si le cojo...
NAN. No le verás en tus dias,
Gaspar.
PAR. ¿No?
IA. No.
EL. ¡No!
PAR. (*A Fernando.*) Pero habla
tú: ¿qué ha sido esto?
NAN. Ganar
un partido de billar,
solo con *jugar por tabla.*
PAR. Eso es decir...
BEL. Que á favor
del prudente pundonor
y el benigno proceder,
se conquista en la mujer...
NAN. Fe, cariño...
IA. Eterno amor.

NAN. (*El primer actor. Al público.*)
Esta comedia de tres,
por encargo fabricada,
señores, está sacada

de otra en idioma frances.
Diferente á veces es,
y á veces no es diferente:
allá, un público indulgente
la recibió con extremos;
aquí, nos contentaremos
con que pase... buenamente.

FIN DE LA COMEDIA.

ENMIENDAS.

PÁGINA.	LÍNEA	DICE.	LÉASE.
25	22	*peeho.*	*pecho.*
38	última	*fior.*	*flor.*
40	9	fortuna!	placer!

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 28 *de Noviembre de* 1850.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.